

## En la frontera de lo biopolítico: corrientes de vida

*Por Fermín A. Rodríguez*

La capacidad anticipatoria de la literatura respecto a sus contextos sociopolíticos ha sido suficientemente señalada. Pero estas indicaciones en nada facilitan la tarea del crítico, capaz de auscultar estos movimientos entre la ficción y el suelo movedizo del acontecer de un tiempo en transición en el que las palabras aún no alcanzan para expresar la perplejidad. Es en esta obstinación, la que persigue las resonancias entre literatura y vida, en la que se sitúan las indagaciones de Fermín Rodríguez, quien piensa las rupturas entre épocas apoyándose en tres momentos de la literatura. Juan José Saer (*Nadie nada nunca*), Sergio Chejfec (*El aire*) y Matilde Sánchez (*El desperdicio*) son los nombres y estilos a los que recurre para encontrar los signos de una inminencia, de la espesura de un presente aún no desplegado, en el que la ficción permite imaginar aquello que trae de novedad el nuevo ciclo por venir. Un modo de poder que anuda su eficacia a la excepcionalidad respecto a la ley para descargar un tipo de violencia soberana clásica, da lugar a nuevas formas de gobierno de la vida, aquellas que se despliegan sobre territorios en los que la precariedad marca el pulso de lo cotidiano. Es en este pasaje –del terror de la dictadura al suelo social gobernado por las fuerzas del mercado– donde se cifran los tres momentos literarios indagados. Tocaré ahora a la literatura contemporánea narrar la violencia opaca de nuestros días, cuyo sentido se nos ofrece esquivo y desafiante para nuestra comprensión.

Cuando la literatura argentina estaba cargada de esa amenaza que en la sociedad disciplinaria/militarizada se llamaba “aire de revolución”, algo estaba por pasar. Leemos por ejemplo en *Diario de la guerra del cerdo* (p. 77) que la ciudad se despertaba “con ese aire raro de los días de la revolución”, anunciando la violencia de las patotas. Los golpes de Estado, los amotinamientos, los pronunciamientos militares autodenominados “revoluciones”, pero también las acciones de la guerra civil, comenzaban con una tenue mutación del aire, una vaga intuición de amenaza, un ligero cambio en la presión atmosférica que agitaba los seres y las cosas. Algo iba a suceder, un desencadenamiento de fuerzas represivas tensadas al máximo que terminaría, una vez más, con el estado afuera de la ley ejerciendo la violencia soberana sobre una sociedad de sujetos constituidos por la represión y el miedo. Cortando los lazos de amistad y solidaridad, el Estado de sitio vaciaba las calles de cuerpos que se retiraban a los márgenes de lo privado: cada cuerpo en su lugar, desolado, separado de lo que puede, adaptado a la norma, hundido en la desolación y la impotencia de no poder transformar por medio de la acción política las promesas de emancipación en una forma de comunidad.

Un aire cargado de inminencia saturaba por ejemplo el espacio ficcional de novelas como *Nadie nada nunca*, de Juan José Saer (1980): un clima de desconfianza general, de hostilidad y de sospecha mutua apoderándose de las calles y las cosas, que desalojaba los espacios públicos de cuerpos y de voces. Algo ominoso para lo que no había nombre estaba ocurriendo en la región, bajo la forma de una ola

anónima de fusilamientos de caballos –una amenaza ubicua, invisible e intangible, flotando sobre una comunidad de individuos dispersos y asustados, donde cada uno se vuelve policía y víctima del otro–.

La novela de Saer confinaba en una casa a orillas del río al Gato Garay, que pasa los días en un tiempo vacío de acontecimientos midiéndose con recelo con un caballo que alguien dejó a su cuidado, indiferente al tiempo cronológico del trabajo y los asesinatos. Mientras todo se está hundiendo en un agujero negro de violencia y represión, el caballo vive indiferente en la eternidad del presente como una divinidad desdeñosa. Es un animal: esto es, no sabe que va a morir, no es consciente de su propia mortalidad. Capturado dentro de la esfera de vida densa y opaca del animal, el Gato se dejaba vivir por algo que emana del bayo y que lo arrastra irresistiblemente fuera de sus límites hacia un afuera donde las diferencias de la vida –el elemento de la intensidad como puro cambio o devenir– se multiplican al infinito a lo largo de pendientes de diferenciación que desbordan los límites de la percepción humana tanto como las divisiones estabilizadas y convencionales del lenguaje. Allí no hay cuerpos definidos “sino grumos, nudos fugaces que se deshacen, o van deshaciéndose a medida que se entrelazan y que se vuelven (...) a entrelazar” (p. 82), de acuerdo a un mecanismo de desdiferenciación que disuelve la distinción humano-animal en un flujo de rasgos biológicos invariantes comunes al hombre y al animal. Todo el peso simbólico que va acumulando la novela, todo el maligno “clima de inminencia” que va saturando sus páginas, termina descargándose sobre el jefe de

policía, el siniestro “Caballo” Leyva, como las nubes hinchadas de lluvia que terminan desplomándose sobre la región al final de la novela. Paralela al halo de muerte que lo impregna todo, la ola de vida que envuelve al Gato y a su compañera Elisa representa un

viviente que se afirma sobre todo en los encuentros sexuales del Gato y Elisa, y que termina saturando lo humano de impulsos y fuerzas que emanan de una presencia problemática que, en sus excesos pulsionales, desafía la política de “desaparición” de personas. El bayo es algo más que una condensación de la violencia argentina, del poder soberano que mata hombres como animales, sino el sinfondo sobre el que se revela el umbral deseante y afectivo de cuerpos que no remiten a sujetos constituidos, arrancados de sus límites para fundirse en una forma mínima de comunidad y reencontrarse con su potencia de actuar en común.



exceso de vida frente al cual el miedo, el aislamiento y la vulnerabilidad de la muerte individual retroceden. En el reverso del orden civil, el cuerpo palpitante del animal pasa a ocupar el centro de una imaginación de lo

#### Aire de contrarrevolución: *El aire* de Sergio Chejfec

Si en la sociedad disciplinaria el aire se espesaba cuando algo estaba por pasar, en la ciudad neoliberal algo pasó, una alteración permanente e invisible del presente, una invasión de fantasmas (como la de *El mal menor* de C.E. Feiling), una atmósfera saturada de incertidumbre e imprevisibilidad económica que vino a implantarse como una imperfección definitiva, sin suspenso, al nivel imperceptible de las repeticiones y los hábitos. Es la distancia que va de *Nadie nada nunca* a *El aire*, la novela de Sergio Chejfec (1992), o *El desperdicio*, de Matilde Sánchez (2007), dos novelas ricas “en señales, pero no en enseñanzas” (Chejfec 2005 111) que a fines del siglo veinte lograron captar en clave afectiva —esto es, en clave de inminencia del sentido— la violencia indeterminada, difusa, de baja intensidad, que flota amenazante sobre un espacio donde la vida como fondo biológico

de la especie común al hombre y al animal ya no se localiza exclusivamente en las inmediaciones de caballos expiatorios pastando tranquilamente afuera de la historia y la política, en un vacío jurídico creado a su alrededor por el estado de sitio.

La exclusión de franjas enteras de la sociedad aplastada sobre su ser biológico, reducida a material humano meramente administrable, es el primer paso hacia las “democracias sin derechos” de la América Latina de los años 90 (Marazzi p. 143). En efecto, el totalitarismo ha migrado del campo de la excepción, que emana de la ley y la violencia soberana, a un terreno eminentemente biopolítico transformado en un espacio económico, según dispositivos de dominación social que migran del campo de la esfera estatal al campo de una economía precarizada que produce inseguridad, inestabilidad y violencia. Se trata de una nueva territorialización del poder, un poder difuso, imperceptible, coextensivo a un cuerpo social naturalizado por un Estado que se desentiende activamente de partes enteras de población —la parte de los que no tienen parte, según la cuenta de Rancière— abandonada activamente a las fuerzas ruinosas del mercado, dejándose vivir y modelar por redes biopolíticas de regulación y control que se hunden en el subsuelo biológico de una comunidad de seres vivientes donde el trabajo colectivo “ya no sirve para formular identidades y proyectos de vida” (Ludmer p. 103). El viejo espacio territorial se ha transformado en el espacio social de la población, recorrido por sistemas de oposiciones biopolíticas. Del espacio-territorio, disciplinado por las instituciones estatales, pasamos a un espacio cargado de vida, un espacio-población

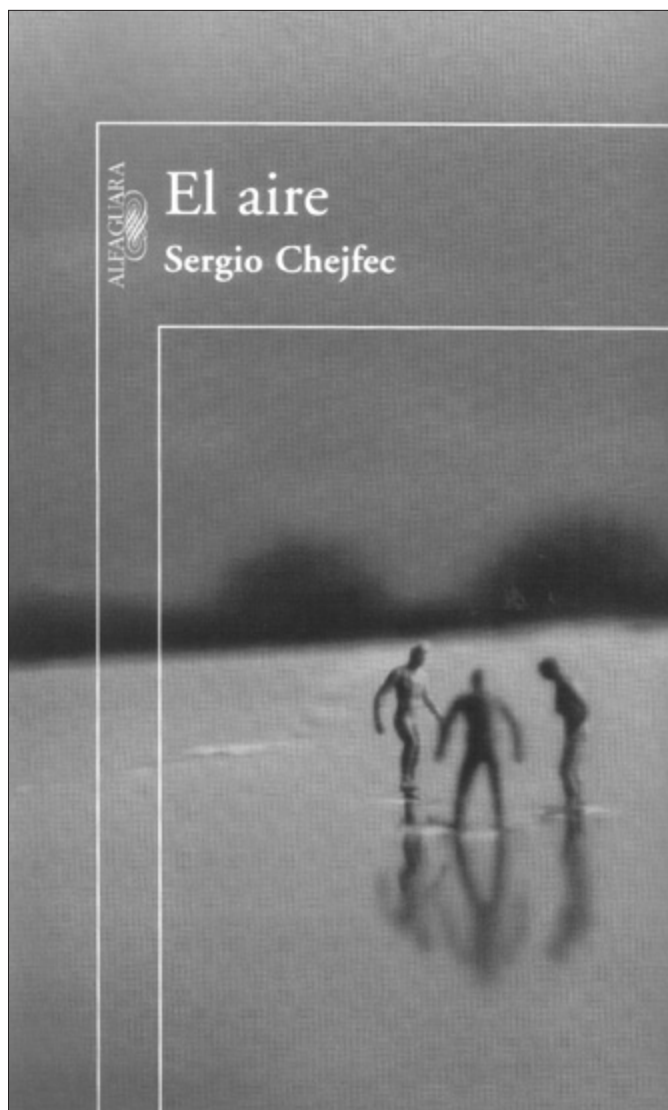
(Cavalletti, p. 151) codificado y regulado bajo el signo del capital en su etapa de reconversión neoliberal donde se aplica, sin las mediaciones políticas de la sociedad estatal, ese “hacer vivir” selectivo y jerárquico que, en el mapa de lo social, separa y distribuye personas y no-personas, *bíos* y *zoé*, sujetos y cuerpos, población y ciudadanía, a un lado y otro de una frontera que es menos geográfica que biopolítica (Colectivo Situaciones, p. 25). Unos, de un lado, viven disciplinándose bajo la amenaza de perderlo todo; otros, víctimas de la violencia económica y social, ya no tienen nada que perder, salvo las cadenas que los sujetan a un biopoder que se propaga más allá de la esfera tradicional de la política por el tejido material de lo vivo, a lo largo de líneas de precariedad laboral, de inseguridad social y desocupación, de terror económico, de enfermedad y reproducción, de sangre y de muerte. Saturada por nuevos mecanismos de poder, esa misma vida, que se ha vuelto campo de control y manipulación, de politización y subjetivación, fue también la materia de una literatura que ensayó formas de localizar y desmontar las operaciones biopolíticas fundamentales. Porque el aire de la novela de Chejfec o de Sánchez es el de la ciudad biopolítica —una ciudad de sujetos aislados, individualistas, prepolíticos, donde la fuerza de separación viene del mercado y de una política económica que tomó a su cargo la producción y regulación de la subjetividad—.

Plegando contextos, absorbiendo intensidades, las novelas de Chejfec de la década del 90 elaboraron nuevas formas de visibilidad de mundos surgidos de la crisis según una imaginación que ensaya con otros modos de lo

sensible para hacer ver la naturaleza de un fenómeno imperceptible, “la agotadora tensión de su época” (p.13) que lo envuelve todo en un aire de contrarrevolución. Para cercar la realidad, la novela se dedica a construir el punto de vista de la extrañeza alrededor de

lo aparta del orden de repeticiones y regularidades inocuas que constituyen el mundo de la vida. Pero en el fondo de ese pozo de extrañamiento en el que ha sido arrojado, se vuelve visible no tanto *la* vida como lo que Deleuze llamaba, impersonalmente, “*una* vida” –“el libro prefiguraba una vida” (p. 13)– esto es, una vida pre-personal, a-subjetiva, despojada de atributos, no plegada en un adentro y un afuera, más allá de la forma de la identidad y del “individuo”.

Hombre de magnitudes, que lo mide todo, Barroso cae en un espacio inconmensurable, carente de medida, “un vacío cronológico que lo exiliaba del presente” (p. 45), donde el saber-hacer del ingeniero se disocia de cualquier aplicación productiva. Afuera del tiempo cronológico, Barroso queda suspendido en un agujero temporal que se renueva incesantemente, en un estado de tensión e incertidumbre que mantiene al relato abierto a lo indeterminado e inconcluso de un presente en ruinas. Solo entonces, con una mirada melancólica, Barroso –que lleva la melancolía del barroco inscrita en su nombre– ve multiplicarse alrededor suyo los signos de una amplia degradación que ocupa la ciudad entera, tanto como la naturalización que se ha apoderado de una pobreza urbana que parece irreversible. Eso que no se quiere saber, eso que en medio de la fiesta del consumo siempre había estado ahí y, haciéndonos los distraídos, nunca habíamos visto, se vuelve la materia de una novela donde se va a jugar eso que Rancière describe como “la inscripción material de lo que no tiene espacio en el sistema de realidad” (1991, p. 106). En esa suerte de desalojo de sus lugares de reconocimiento y pertenencia, Barroso resbala



la figura de Barroso, su protagonista. Su compañera acaba imprevistamente de abandonarlo, y un incendio en la oficina, donde trabaja de ingeniero,

por una pendiente de indeterminación hacia un territorio extraño al espacio geométrico y geográfico de las construcciones normativas –la espacialidad transhumante, local, errante, del caminante a la deriva que se sumerge en “la inmensa experiencia social de la privación de lugar” (De Certeau, p. 155)–. Barroso deambula entre una multitud de seres anónimos y silenciosos que salen por la grieta de una frontera que se abrió en el tiempo más que en el espacio –una zona de oscuridad, no iluminada, como una boca de lobo que traga y expulsa personas y cuerpos del campo de lo socialmente legible.

Dejándose vivir por los mismos mecanismos ordenadores de cuerpos y sentidos que constituyen lo real, Barroso se desliza hacia una comunidad de excluidos, en éxodo forzoso hacia la tierra inestable de los indefinidos sociales –un espacio en el umbral mismo de lo visible y lo nombrable donde la literatura ensaya con nuevos modos de decir y nuevas formas de percepción. Y lo que ve Barroso, en un vagabundo “con la mente en blanco” (p.44) que tienen más del merodeo confuso de un autista que de caminata, es un territorio en ruinas, cargado de una vida turbulenta, hacinada en conventillos y barrios marginales donde el paisaje urbano se desarticula y fragmenta según esas dislocaciones espaciales permanentes de las grandes ciudades latinoamericanas de nuestro fin de siglo –megalópolis desindustrializadas hiperdegradadas, convertidas en vertederos de una población excedente que sin protección de ningún tipo, se aferra a grietas de supervivencia informal (Davis, p. 17).

Barroso camina por un territorio inestable, arrasado por los planes de ajuste neoliberales, entre tribus flotantes

de desocupados –seres disponibles, excluidos del mundo del trabajo y del consumo, asomándose a los contenedores de basura en busca de botellas que luego canjean por mercancías. La ciudad se ha convertido en un gran suburbio que se desplaza de los márgenes al centro mismo de la ciudad, alojándose en las terrazas de los edificios. Se trata de lo que la novela llama “tugurización de las azoteas” (p. 65), una modificación invisible del espacio aéreo de una ciudad recubierto por una capa de vida invisible flotando en un limbo de desocupación y privaciones. Las terrazas de los edificios se llenan de familias de desocupados, nuevos pobres que no saben construir ni sobrevivir al aire libre, sin el menor sentido práctico de las viviendas populares (p. 136).

La modernización neoliberal produce degradación acumulativa, desorden, ciudades sin progreso, barbarizadas, quebradas por brutales divisiones, en lo que Mike Davis describe como un retorno a la época de Dickens (p. 10). La nación parece haber terminado, y el desierto entra en una ciudad cubierta de residuos globales, recorrida por oposiciones biopolíticas que en la novela no terminan de transformarse en antagonismo.

La relación entre centro y periferia está cambiando: desde el momento que la frontera pasa menos por el territorio que por la población, pareciera que son las ciudades las que se vuelven periféricas de un suburbio infinito donde las fronteras entre lo urbano y lo rural se desdibujan. Interrumpida por terrenos descampados, a medio hacer, la ciudad retorna al campo, como si fuera la ciudad misma la que emprendió un éxodo que la devuelve a esa anomalía originaria llamada desierto en contra

del cual había sido diseñada. Pero el campo, a pesar del culto a la tierra del nacionalismo cultural (p.167), no está preñado de posibilidades, no retiene ninguna promesa: interrumpe el lenguaje y coarta las aptitudes intelectuales, según un pasaje a una imaginación de lo viviente que evoca y a la vez clausura una imaginación territorial organizada alrededor de la partición entre naturaleza y cultura.

### **El gótico rural: *El desperdicio de Matilde Sánchez***

En las décadas de la desnacionalización neoliberal, la literatura volvió al desierto, aliada de sus flujos de intensidades nómades que invaden la representación y desorganizan las jerarquías, los contornos, los límites de los imaginarios modernizadores de una Argentina que, hacia el año 2000, ya no puede ser pensada como totalidad, identidad o fuente de subjetividad.

De ese mismo subsuelo donde Chejfec localiza la fábrica biopolítica de producción masiva de marginalidad y pobreza, salen los liebreros de la novela de Matilde Sánchez, *El desperdicio* (2007). La novela narra la historia de Elena Arteché, una joven promesa de la crítica literaria formada en la literatura francesa y en la teoría de los formalistas rusos que, hacia 1990, vuelve de la ciudad al campo a salvar la estancia familiar de la crisis como quien se arroja al pozo de un mundo desconocido. “Quiero bajar y bajar...”, escribe Elena Arteché (2007), una suerte de Alicia en el País del Extrañamiento, que termina en 2001 muriendo de un cáncer presuntamente hereditario, “desperdián-

dose”, fundida a una masa amorfa de jóvenes liebreros, empleadas domésticas y cirujas rurales en un paisaje social en descomposición.

Pero el mundo al que regresa Elena no es el campo de lo sublime patrio —esa segunda naturaleza en la que habita imaginariamente una clase que se identifica a sí misma con lo argentino—, sino un mundo rural en regresión que solo por inercia u obediencia a las imágenes y sentidos que nos constituyen, seguimos llamando “el campo”. Estamos ahora en un desierto que se derrama de la ciudad a la periferia, en un país en perpetuo derrumbamiento donde las fuentes del sentido de lo argentino parecen haberse agotado. El país se estaba hundiendo: las napas subterráneas suben hasta la superficie e inundan los campos. Simultáneamente, mutaciones y manipulaciones genéticas y ecológicas de animales y cultivos están transformando la naturaleza de la producción. Lo que pronto va a ser el boom de la soja comienza a redibujar el paisaje agrícola, atravesado furtivamente por liebres, liebreros y linyeras rurales. Simbologías remotas (las “fuerzas telúricas” de Martínez Estrada) vienen en ayuda de nuevas formas de explotación y de gerenciamiento de la tierra. Brotes de soja y de nacionalismo reaccionario emergen del suelo y al costado de las rutas, en el nuevo paisaje técnico y social de esta suerte de neopastoral de la globalización en la que tribus de jóvenes liebreros y cirujas rurales corren literalmente la liebre, el nuevo ganado argentino.

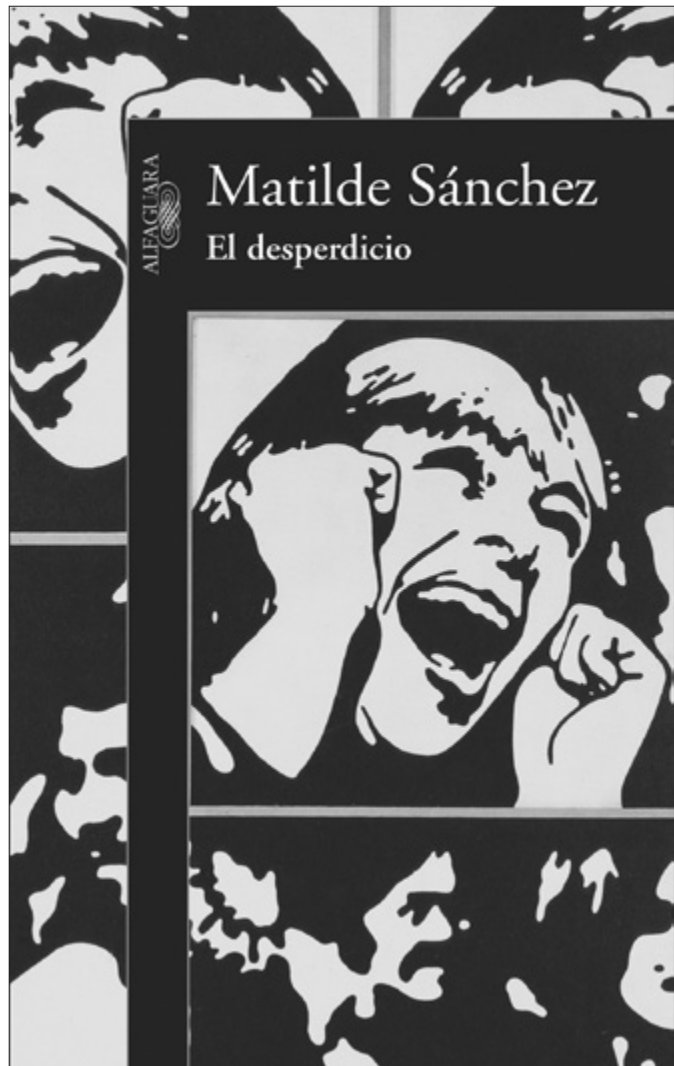
Hundidos en un presente de urgencias y abandono, los habitantes del campo registraban antes que nadie los signos de la crisis económica y de pérdida de unidad de lo real. Con la mirada

extrañada, Elena lee en la realidad, en las transformaciones del clima y del paisaje, en el desempleo masivo, en la brutalidad de los desequilibrios entre sectores económicos, en encadenamientos insólitos de acontecimientos humanos y geográficos, algo nuevo para lo que todavía no hay nombre preciso, que tiene la forma, paradójicamente, de una regresión, “un giro rústico, una era de sencillez pavorosa en la que tendremos que conformarnos con lo más elemental” (p. 182).

La realidad de lo rural se tambalea, se desfamiliariza a lo largo de fisuras que recorren la superficie lisa y llana de lo visible. Por todas partes grietas, ruinas de una simbología arcaica, escombros de un orden que se descompone y que la política de *El desperdicio*, que respira el mismo aire que la novela de Chejfec, hacer ver según eso que desde comienzos de los años noventa estaba ahí pero nadie veía porque no había palabra para nombrarlo: los signos confusos de una mutación insensible, deslocalizada y omnipresente; el enrarecimiento del paisaje social, el desanudamiento del lazo social, la visibilidad de la “miseria que estuvo allí, objetiva pero invisible” (p. 143) derramándose de la ciudad a la periferia y desfigurando el paisaje rural.

La escena de la caza de la liebre ocupa el centro de una rudimentaria aunque pujante economía de fin de siglo que Matilde Sánchez reconstruyó en “Correr la liebre. Cazadores en el granero del mundo”—una crónica del año 2001 sobre los liebreros de Azul—. Se trata de una práctica que bien puede inscribirse en la tradicional economía de supervivencia de los hombres de campo, una red informal y difusa de actividades independientes como la caza menor de “bichos” que

las remotas *Instrucciones a los mayordomos de estancias* de Juan Manuel de Rosas, de 1825, ya hacía visible al intentar regularla. A fines de siglo veinte, en los años de la crisis y la recesión, la cosecha de la liebre es —según



la crónica— “la renta del poverrío”, la furtiva y mísera tajada que los cazadores extraen en la explotación de un resto rural exterminable que se escapa por los intersticios de una economía agropecuaria tradicional quebrada en



mil pedazos. Faeneadas y envasadas al vacío en un relucientes *packaging*, las liebres van de los frigoríficos de la pampa a los supermercados europeos, “del desempleo al goulasch” servido en mesas de Alemania, Francia, Austria e Italia.

Síntoma de un tejido social y simbólico en descomposición, de fragmentación de lo que habitualmente reconocemos como cultura nacional, la explotación de la liebre es una suerte de parodia espontánea de la Argentina ganadera —último recurso de una vasta población de desocupados rurales, a punto de perderse en el espacio amorfo del desclasamiento y el abandono absolutos. Si el estado del siglo diecinueve buscaba la obediencia de los gauchos al orden de la ley y el control de sus cuerpos nómades por medio de microprácticas disciplinarias en la escuela, el ejército, el trabajo en las estancias o el empleo doméstico, el estado de fines de siglo XX —el estado neoliberal— abandona a su suerte vidas indeseables, incluidas en el orden socioeconómico dominante mediante su exclusión. Son, otra vez, la mano de obra informal del mercado global, vidas precarizadas producidas como población corriendo la liebre a la intemperie del amparo y el control de un estado en crisis que les ha retirado su protección y sus mecanismos de reconocimiento. En el umbral mismo de la desintegración de lo social, en una contigüidad inquietante con la vida animal, la vida de los liebreros se desfigura hasta lo irreconocible, perdiéndose en la oscuridad impenetrable de una ruralidad gótica, rústica y regresiva, sin los tonos nostálgicos de la pastoral.

Un peldaño más abajo en esta industria del desperdicio, allí donde el grado

de desestratificación es prácticamente absoluto, están los liebreros a tracción humana, “cirujas rurales” que corren la liebre en bicicleta o a pie, seres sin empleo ni “domicilio fijo” caídos de la infraestructura municipal en el agujero negro de la *ostranenie* —desperdicios humanos, vidas superfluas y supernumerarias que duermen a la intemperie de la noche y de cualquier categoría social, sobre cartones, en tolderías de plástico y puestos de chapa. Incontrolables, habitan en los nuevos blancos en los mapas, zonas no cartografiadas donde se reproduce la vida de cuerpos separados de su condición de personas. “Ya no son gente, son ex-hombres” que escapan como liebres asustadas de las grillas que constituyen la vida socialmente legible (p.203). La asistencia social trata de contenerlos precariamente en *containers* Hapag Lloyd robados que funcionarios municipales lograron desviar de los circuitos globales de la mercancía. Pero ningún interior va a alcanzar para contener ese exceso que se produce en el momento mismo en que se intenta dominarlo. Elevándose en el medio de la pampa como “silos de cereal aplastados por el peso de la crisis” (p.207), los contenedores son espejismos de la industria en el medio del desierto —castillos góticos del capitalismo habitados por los fantasmas del trabajo y de una Argentina industrial desmantelada, trazando la frontera de un nuevo antagonismo (que en 2008, un año después de la publicación de *El desperdicio*, se volverá visible bajo la forma de un *lockout* de las patronales rurales que gozó de una inquietante adhesión social).

En medio de esa red de afectos y de intensidades sin nombre, Elena buscó entre las tribus de cazadores de liebres

“una nueva educación de la sensibilidad”—un impulso novelesco que la lleva de los interiores de la novela francesa a los espacios abiertos de aventuras saturadas de elementos paródicos (p.157). Con mirada de liebre encandilada, Elena reconoce en los cazadores “el reflujo de energías fascistoides. Lo reprimido, los impulsos inhibidos que surgen incontenibles como un géiser” y que “están llamados a liderar una transformación” (p.173). ¿Qué tipo de cambio o contrapoder puede surgir de esta franja de economía agonizante, sujeta al mercado por un delgadísimo hilo de vida?

“Parte que no es una parte”, como describe Rancière, o “clase que no es una clase”, como sostenía Marx, la política de *El desperdicio* remueve estos escombros de lumpenaje desparrramados en un desierto que crece y crece intersticialmente entre campos que se sojizan aceleradamente a costa del desplazamiento, si no el liso y llano desalojo, de pequeños agricultores que arriendan sus campos a *pooles* de siembra, y de biogenética aplicada al agro que transforma radicalmente la producción ganadera. Estamos frente a un paisaje biopolítico de materias abandonadas por el estado a las fuerzas regresivas de un mercado —una nueva “naturaleza” tecnológica en contradicción con las nostálgicas imágenes del campo que todavía hechizan nuestra imaginación social.

¿Pero qué ocurre cuando esta multitud de muertos vivientes, rebajados por la asistencia social y el humanitarismo a población viviente, a especie amenazada y exterminable, en inquietante continuidad con el animal, se comporta como humana y se hace escuchar emitiendo palabras más que chillidos de miedo? O según una

construcción político-fantasmática de Elena: “¿Y si al igual que los fantasmas sin empleo, las liebres decidieran agremiarse y manifestar para poner coto a la masacre? Ninguna amenaza más escalofriante que la rebelión de los animales” (p. 168). Pura intensidad de lo viviente, las liebres son la pura eclosión de un presente que estalla en múltiples sentidos, siguiendo líneas de terror y abolición pero también de creación y de vida. (De lo contrario, los liebreros de *El desperdicio* serían indistinguibles de los dispositivos biopolíticos que objetivan lo viviente para convertirlo en instancia positiva de apropiación y manipulación). A la clásica función de corte que le reservó la filosofía, donde el animal funciona para trazar las fronteras de una humanidad ideal, *El desperdicio* opone una continuidad inquietante humano-animal y naturaleza-cultura, no para naturalizar la sociedad sino para desbaratar cualquier idea de una “naturaleza” o evidencia de lo humano que pueda ser separada de una gestión normativa de la subjetividad y de los cuerpos de una comunidad.

En este sentido, pareciera que para la literatura siempre hubo vida más allá de las palabras y las formas normativas de lo humano; un rumor en busca de expresión que va abriéndose paso a través del umbral de lo reconocible y lo nombrable. De la frontera turbulenta e inestable entre personas y cuerpos, allí donde lo humano desfallece y comienza el reino biopolítico del animal, no han dejado de brotar lo que Gabriel Giorgi denomina “formas comunes” (2014) que, en sus desbordes y en la opacidad de sus lenguajes, desclasifican la supuesta naturalidad de los mecanismo ordenadores de cuerpos y sentidos. Así,

a la biologización de la política, a la gestión de necesidades básicas de una sociedad transformada en población, la novela opone una politización de la vida que mantiene la cuestión del poder en toda su actualidad: una política que tiene la forma de una estética, en tanto pone en juego regímenes de sensibilidad y de sentido que desafían las formas y reinventan el universo de lo biopolítico.

#### BIBLIOGRAFÍA

---

- Colectivo Situaciones, *19 y 20. Apuntes para el nuevo protagonismo social*. Buenos Aires: De mano en mano, 2002.
- Cavalletti, Andrea. *Mitología de la seguridad. La ciudad biopolítica*. Trad. María Teresa D'Meza. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2005.
- Chejfec, Sergio. *El aire*. Buenos Aires: Alfaguara, 2008 (1992).
- . *El punto vacilante. Literatura, ideas y mundo privado*. Buenos Aires: Norma, 2005.
- Davis, Mike. "Planets of Slums. Urban Involution and the Informal Proletariat", *New Left Review*, 26, marzo-abril 2004, pp. 5-34.
- . *Planets of Slums*. New York: Verso, 2007.
- De Certau, Michel. *L'invention du quotidien. 1 Arts de faire*. Paris: Gallimard, 1990.
- Deleuze, Gilles. "Inmanencia: una vida...", *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. Giorgi, Gabriel y Fermín Rodríguez (eds.). Buenos Aires: Paidós, 2007.
- Feiling, C.E. *El mal menor*. Buenos Aires: Planeta, 1996.
- Giorgi, Gabriel. *Formas comunes. Animalidad, cultura, biopolítica*. Buenos Aires: Eterna Cadencia: 2014.
- Ludmer, Josefina. *Aquí América latina: una especulación*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2010.
- Marazzi, Christian. *Capital and Affect. The Politics of the Language Economy*. Trad. Guisseppina Mecchia. Cambridge, Mass.: MIT Press, 2011.
- Saer, Juan José. *Nadie nada nunca*. Buenos Aires: Seix Barral, 1980.
- Rancière, Jacques. *Breves viajes al país del pueblo*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1991.
- . *El desacuerdo. Política y filosofía*. Trad. Horacio Pons. Buenos Aires: Nueva Visión, 2007.
- Sánchez, Matilde. "Correr la liebre. Cazadores en el granero del mundo". *Clarín*. Suplemento "Zona", 15 de julio de 2001.
- . *El desperdicio*. Buenos Aires: Alfaguara, 2007.